

# EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917  
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata  
Buenos Aires, Argentina

## Horacio Rodríguez Moulin (1949- 2001) Beltrán, J. 2002

Cita: Beltrán, J. (2002) Horacio Rodríguez Moulin (1949-2001). *Hornero* 017 (02) : 117-118

[www.digital.bl.fcen.uba.ar](http://www.digital.bl.fcen.uba.ar)

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales  
Universidad de Buenos Aires



---

## OBITUARIO

### UN HOMENAJE

*Hornero* 17(2):117–118, 2002

#### HORACIO RODRÍGUEZ MOULIN (1949–2001)

Tuve la oportunidad de conocer a Horacio Rodríguez Moulin hace mucho tiempo, durante uno de los cursos liminares para observadores de aves que se impartían en los salones cuasi museológicos de la otrora Asociación Ornitológica del Plata —hoy Aves Argentinas. No recuerdo muy bien cómo fue el momento, ni tampoco cuánto tiempo después comenzamos a viajar, juntos y prismáticos en mano, en busca del invalorable tesoro que por ese entonces representaba para nosotros cada hallazgo ornitológico, sin importar rareza o singularidad. Creo que fue hacia el año 1977, tiempos complejos de una Argentina que ha cambiado enormemente desde entonces pero que ha logrado conformar una comunidad de ornitólogos y naturalistas muy activa, rica y entusiasta, la cual, aún en medio de crisis recurrentes y frustrantes, no ha dejado de generar un conocimiento creciente sobre las aves que habitan su territorio de enorme belleza y diversidad.

No tengo miedo de exagerar si afirmo que Horacio contribuyó significativamente a que se diera ese proceso de enriquecimiento, a la vez científico y vital. Desde las primeras excursiones elementales al solar natal de Hudson en Florencio Varela o a la selva marginal de Punta Lara, pasando por las ya un poco más ambiciosas a Ceibas o Paranacito, hasta llegar a las “lujuriosas” en Iberá, Iguazú o cualquier otro lugar pletórico de “especies nuevas”, se podía vislumbrar la devoción que Horacio sentía hacia la naturaleza en general y hacia las aves en particular. De aquí para allá, en auto, a caballo o caminando, no había impedimento ni obstáculo que pudiera interrumpir la comunicación que entablaba, de un modo silencioso e íntimo, con el entorno natural.

El frío resultado de tan grande pasión puede mensurarse en términos de la cantidad de registros inéditos de aves no citadas en los cuatro puntos cardinales del país con las que Horacio ayudó a completar el catálogo, en constante progreso, de la ornitofauna argentina. Si ese hubiera sido su legado a la ornitología nacional, entonces podría concluir aquí mismo esta nota homenaje mencionando la fecha y circunstancia en la que Horacio citó tal o cual especie rara o desconocida en las regiones que solía recorrer.

Detenerme en ese detalle sería, sin embargo, ofrecer un recuerdo mezquino de alguien que hizo de la observación de las aves un verdadero culto a la amistad. Con ello en mente, Horacio promovió actividades que acercaron una miríada de interesados en el mundo de las aves. Las salidas y los campamentos ornitológicos fueron tal vez las más emblemáticas, y se institucionalizaron a partir de su propio empeño. Recuerdo con nostalgia el primer campamento al Parque Nacional Lanín, en enero de 1986, que fue el punto de partida en la carrera de varios ornitólogos y dirigentes conservacionistas que en la actualidad juegan un papel clave en los esfuerzos de conservación de la naturaleza. También hay que mencionar los cursos para observadores que en esa época comenzaban a dictarse en el interior del país y que Horacio contribuyó a multiplicar extendiendo así la capacitación a sitios tan distantes entre sí como Comodoro Rivadavia y Resistencia.

Si me preguntan, lo que más valoro y añoro de *mi amistad* con Horacio es justamente eso: las aves fueron para él la mejor excusa para encontrarse con la gente que quería. Más allá de todo, su entusiasmo atraía una variopinta legión de amantes de las aves, a muchos de

quienes todavía se los suele encontrar en los pasillos entrañables de la "ornitológica" y lo tienen a Horacio como mentor. Adultos, jóvenes, niños, hombres y mujeres sin distinción: todos se sentían atraídos por su singular magnetismo y bonhomía. ¿Cuántos, por ejemplo, compartimos alguna anécdota relacionada con los campamentos que Horacio lideraba con simpática desorganización? ¿Cuántos lo recuerdan recorriendo los senderos, con los pasos pesados y la expresión de un niño-adulto, embobado ante el hallazgo de una bandada de espátulas rosadas en el cañadón o de un grupo de chorlos correteando en el pastizal?

La pasión que movilizaba a Horacio al extremo de la irracionalidad le fue tendiendo, sin embargo, una trampa impiadosa con una diabetes que nunca pudo ni quiso controlar. Al fin de cuentas, ¡qué importaba! La vida —en definitiva breve e intensa— estaba para ser vivida y disfrutada a pleno. Eran muchas las aves que había por descubrir y demasiados los rincones que quedaban por recorrer con los afectos como para perder tiempo en controles rutinarios y dietas rigurosas. Las conse-

cuencias de esta decisión, tan inevitables como devastadoras, no hicieron mella en su espíritu inquebrantable, y es así que se cuentan las más variadas historias de las proezas de un Horacio físicamente disminuido recorriendo con tozudez los cañadones de su entrañable Isolina, en General Lavalle, los montes del Chaco o las yungas de Calilegua.

Cuesta acostumbrarse a su ausencia. Queda, no obstante, como consuelo postrero, la grata sensación de que sigue presente en cada uno de los naturalistas, ornitólogos o amigos de las aves que lo tuvieron como guía, profesor o compañero, frecuente o circunstancial, en algún curso, campamento o salida al campo.

Es así, querido Horacio. Quienes te conocimos y disfrutamos de tu amistad todavía te sentimos presente, a nuestro lado, mientras observamos aquella bandada de espátulas que se aleja en el horizonte.

JAVIER BELTRÁN

*Fundación Hábitat & Desarrollo*  
L. N. Alem 36 P1  
1003 Buenos Aires